

*digni sunt morte* (1); y contaba entre los culpables, tanto a los que cometen el mal, como a los que directa ó indirectamente lo consienten por su descuido y por su debilidad (*Et non solum qui ea faciunt, sed etiam qui consentiunt facientibus*: v. 31).

Si á todas las edades son aplicables las advertencias que á los Romanos dirige San Pablo, no se puede decir otro tanto de las que dirige á los Colosenses, II, 8, donde habla de esa falsa filosofía que, durante más de un siglo ha reinado, y cuyo término no vemos todavía. (*Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum, secundum elementa mundi, et non secundum Christum*) (2).

Tampoco es dable aplicar á ninguna edad anterior á la quinta, los avisos que San Pablo dá á su discípulo Timoteo, en la II Epist. III, 4 á 6, en las siguientes frases, repeticion de las palabras dirigidas á los Romanos: *Hoc autem scito, quod in novissimis diebus instabunt tempora periculosa, erunt homines seipso amantes, cupidi, elati, superbi, blasphemii, perentibus non obediens, ingrati, scelesti, sine affectione, sine pace, criminatores, incontinentes, inimici, sine benignitate, proditores, protervi, timidi et voluptatum amatores magis quam Dei; habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus obnegantes* (3).

En parecidos términos se expresa San Pedro, al hablar de los postreros siglos del mundo, cuando dice en su II Epistola, III, 3: *Hoc primum scientes quod venient in novissimis diebus in deceptione iniquorum, justa*

(1) Los cuales, habiendo conocido la justicia de Dios, no han comprendido, que los que tales cosas hacen, son dignos de muerte.

(2) Estad sobre aviso, para que nadie os engañe por la filosofía y sus vanas sutilezas, segun la tradicion de los hombres, conforme á las máximas del mundo, y no conforme á la doctrina de Jesucristo.

(3) Has de saber, que en los dias postreros sobrevendrán tiempos peligrosos: levantaránse hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos,

propias concupiscencias ambulantes (1); con los mismos colores les habia ya pintado en la misma Epistola, II, vv. 10 á 22; y San Juan, en su Epistola Católica, recuerda con sentidas frases estos mismos vaticinios, vv. 12 á 19.

Tales serán los últimos tiempos, tal la generalidad de los espíritus: los Apóstoles, divinamente inspirados, nos lo anunciaron, hace ya más de diez y ocho siglos. Hé aquí lo que fueron los hombres en la quinta edad, segun el Apocalypsi de San Juan; y tales fueron desde el establecimiento de la Reforma, hasta la actualidad. Los pueblos extraviados han perdido la brújula, no saben donde se encuentran, ni á donde se dirigen entre un diluvio de sofismas. Hárase visto surgir multitud de falsos profetas, enseñando doctrinas buenas en apariencia, pero en realidad perniciosas *Et multi pseudo-propheta surgent et seducunt multos*, EVANG. MAT. XXVI, 11); y, por la inundacion de los vicios, háse resfriado la caridad de muchos (*Et quoniam abundavit iniquitas, refrigeret charitas multorum*, Iud. 12). Lo que caracteriza á los sabios de nuestra época, no es tanto el extravío del espíritu, como la perversidad del corazón, y la rebelion de la voluntad. La verdad los alumbraba por todas partes, y los deslumbraba; les presenta sus pruebas, de las cuales, la primera y principal, es su existencia de mil ochocientos años en medio de que no puede, empero, destruir, porque viene del cielo; y esos desdichados se fabrican á su gusto una verdad, que no es otra cosa que una manifiesta mentira, como en sus adentros lo reconocen y confiesan; pero, que por su odio á Dios y á Jesucristo, sostienen, hasta que el sentido comun les obliga á desistir de su temeraria empresa. Lejos

tos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchaos, y más amadores de deleites que de Dios: mostrando, sí, apariencia de piedad, pero renunciando á su espíritu.

(1) Estando ciertos ante todas cosas, de que vendrán en los últimos tiempos impostores artificiosos, arrastrados de sus propias pasiones.

## CAPÍTULO III.

ULTIMOS TIEMPOS DE LA QUINTA EDAD Y PRIMEROS DIAS DE LA SEXTA.

I. Lutero habia establecido el principio de la soberanía de la razon individual, en la interpretacion de las santas Escrituras; de este principio, el filosofismo, que es la consecuencia de la Reforma, dedujo la independencia de la razon con respecto á Dios. La fuerza irresistible de la lógica debia sacar del mismo principio la soberanía práctica del pueblo, para trastornarlo todo hasta descalzizar el mundo, haciendo que los pueblos dejaran de amar la monarquía. Para dar este último paso, es más difícil de todos, porque no faltaban fuertes armados, que se aprestaban á defenderse, necesitábase una fuerza sobrehumana.

Por otra parte, los mil años del encierro de Satan en el abismo, habiábase cumplido ya: el gran dragon salia de la cárcel, y mostrábase á la tierra para seducirla de nuevo.

El capítulo XII del Apocalypsi, ya á retalarlos sus actos.

San Juan descubre en el cielo un gran prodigio. Una mujer vestida del sol, cual si fuera un ropaje, teniendo la luna á sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas; estaba en cinta, y los dolores del parto la hacian exhalar quejidos, porque sufría grandes tormentos para dar á luz el fruto de sus entrañas (*Et signum magnum*

»necerán del nombre de patriotas, echando  
»al suelo todas las leyes civiles, que han  
»en la seguridad de la patria; todos los  
»principios de patriotismo y de humanidad.  
»El asesinato mismo de los ciudadanos y  
»de los ministros de la religion, será, para  
»esos ciegos voluntarios, un acto religioso;  
»y el trastorno de todas las leyes, el más  
»sagrado de todos los deberes.» (1).

(1) Estas frases equivalen al axioma revolucionario seguido por todos los partidos (bien entendido, cuando no se hallan en el poder): «La Insurreccion es el más santo de los deberes.» El dictado de patria aun no se conocia, cuando muchos años antes (1789) Sor Natividad dictaba este pasaje.

de volver á la Iglesia, cuando se ven abandonados, corren en pos de otros sistemas, de otras doctrinas descabelladas, de otras mentiras; por cuyo motivo pueden aplicárseles con toda propiedad estas palabras de San Pablo á Timoteo: *Semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes. Quemadmodum autem Janes et Mambres resistenter Moyse, ita et hi resistunt veritati; homines corrupti mente, reprobi circa fidem*, v. 7 et 8. (1) (\*).

(1) Hombres que andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad. Bien así como Janes y Mambres resistieron á Moisés, del mismo modo estos resisten á la verdad, hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fe.

Holzauer aplica, como lo hacemos nosotros, á los hombres de la quinta edad, las palabras de San Judas, Epist. cató. vv. 12 á 19, que son la reproduccion de las de los demás Apóstoles (T. I, pág. 158, Wuilleret).

(\*) En el tomo I, pág. 264 á 267, Sor Natividad se expresa en estos términos: «Yo derribaré, dice J. C., esa soberbia arrogante... Esa soberbia, la más insoportable á mis ojos, no es de indole comun, como lo es la del hombre, que se gloria de sus talentos, ó de sus riquezas. Esto no es más que vanidad, que apenas tiene relacion alguna con el orgullo que se levanta contra Dios para disputarle sus derechos, y negarle su obediencia; porque ésta es de igual naturaleza que aquella, que en el cielo sublevó á Lucifer contra el Altísimo... que debe caracterizar la revolucion del Anticristo, que anima ya, y ha siempre animado á sus precursores.

»Esta soberbia, por su naturaleza, halaga  
»y corrompe los sentidos, cautiva la imaginacion, y fascina la razon y el entendimiento... Siempre propensa á la novedad,  
»y dispuesta al error, se forma sistemas de  
»libertinaje y de impiedad. Bien puede la  
»evidencia cautivar sus sentidos y la verdad  
»atraser su corazón; ella se obstina, cierra  
»los ojos á la luz... se empeña en combatir  
»la verdad como la más atroz injuria hecha  
»al espíritu de Dios... Si; esos monstruos  
»crearan ser religiosos, profanando los tem-  
»plos y destruyendo la religion... Se enva-

*apparuit in caelo: mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite corona stellarum duodecim: et in utero habens, clamabat parturient, et cruciabat ut pariat, Aroc. XIII, 1 et 2).*

II. ¿Cuál es esa mujer? Es la Iglesia; el sol que la envuelve es el sol de justicia, el mismo Jesucristo, que, cual tierno esposo, permanece unido con ella hasta la consumación de los siglos. La luna es el linaje humano, el cual, semejante al astro de la noche, recibe su luz del sol de las inteligencias, de Cristo-Jesús, sin el cual quedaría en tinieblas. Las doce estrellas, simbolizan a los doce Apóstoles, que son como la corona de la Iglesia católica. El parto, es la fección esencial de la Iglesia, que nunca deja de dar a su Esposo hijos, que no da a luz sin grandes dolores y lágrimas, porque es y será siempre militante sobre la tierra (1); pero el parto de que aquí se trata, ofrece, al parecer, algo de extraordinario, y de mucho más notable, como la continuación del texto sagrado nos permite conjeturar.

Después de éste portentoso, San Juan ve otro en el cielo: y es un dragón descomunal, bermejo, que tiene siete cabezas, y diez cuernos, y en las cabezas siete diademadas. Su cola traía arrastrando la tercera parte de las estrellas del cielo, y arrojólas a la tierra. Este dragón ve la mujer, se pone en pie delante de ella, y aguarda para devorar a su hijo, el momento en que haya nacido (*Et visum est altius signum in caelo: Ecce draco magnus, rufus, habens capita septem et cornua decem, et in capitibus diademata septem, et cauda ejus traherat tertiam partem stellarum caeli, et misit eas in terram: et draco stetit ante mulierem, que erat parturita, ut cum peperisset filium ejus devoraret, Iud. v. 3 et 4).*

Si la mujer, de que acabamos de hablar, es la Iglesia católica, sin ningún género de duda, ese dragón descomunal bermejo figura a Satán. Sus siete cabezas, con otras tantas coronas, indican, por una parte, y en sentido moral, los siete pecados capitales, que dominan en las sociedades modernas, y considerados en nuestro siglo como regla de las costumbres y de la conducta; y

(1) Sic Holzauser, (T. II, p. 3, Wuilleter).

por otra parte, representan las siete potestades de que se ha servido Satán, las cuales, algunas veces sin quererlo, contra su voluntad, y empujadas por el corriente de los acontecimientos, han realizado su obra. En efecto; la primera revolución francesa, que por la fuerza expansiva de la Francia, se ha extendido por todas partes, ha tenido siete cabezas, ó siete gobiernos, a saber: el gobierno constitucional, en los últimos años del reinado de Luis XVI, la Convención, el Directorio, el Consulado, el Imperio, la primera Restauración, los Cien Días. Los diez cuernos, pueden muy bien ser diez reyes, que se han hecho sus auxiliares, y que, quizás, sin pensarlo, han secundado sus designios, y que concluirán por combatiirlo, cuando el Cordero los haya alumbrado y convertido. Las estrellas del cielo, cuya tercera parte arrastra la cola del dragón, y las arroja a la tierra, representan a los sacerdotes, a los religiosos, a los obispos, que ha seducido por la relajación, por la libeza, por los deleites sensuales, por el cebo de los bienes de la tierra, y por el orgullo, y que la constitución civil del clero convirtió, primero, en rebeldes y cismáticos, y luego en grandes criminales (1).

Ese dragón es el enemigo natural de la Iglesia; por esta razón, luego que, rotas sus cadenas, puede libremente obrar, se le pone delante, no para seducirla, pues le consta que sería vano intentararlo, sino para tragarse a su hijo, luego que ella le haya dado a luz (2).

¿Qué niño es ese, a quien con tanto empeño quiere el demonio quitar la vida? Ese niño, en nuestro concepto, representa a todos y a cada uno de los fieles en particular; también representa el Catolicismo, y, en especial, el ejercicio público de su culto, que el Demonio no puede sufrir, y que quisiera proscribir de la faz de la tierra, como será proscrito en tiempo del Anticristo.

(1) Holzauser (T. II, p. 12, Wuilleter), vé en esas estrellas que cesa, el mismo griego, que después de haber vuelto a la unidad católica, durante la Iglesia de Filadelfia, se declaró más tarde por el Anticristo. Este sentido quizás sea el verdadero.

(2) Según Holzauser (T. II, p. 15, Wuilleter), ese dragón figura a César, a Mahoma y al Anticristo. Nos parece que únicamente figura a Satán; el texto lo dice terminantemente.

Además; ese infante pudiera tener otra significación particular, hacia la cual llamamos la atención de nuestros lectores, áun cuando nuestra ignorancia del porvenir nos la encubra con el velo del misterio.

La mujer del capítulo XII del Apocalypsi, ó sea la Iglesia, tiene otros hijos. Por esto se dice en el versículo 17 del mismo capítulo, que el Dragón se irritó contra la mujer, y marchóse a guerrear contra los demás del linaje de ella, que guardan los mandamientos de Dios, y mantienen la confesión de Jesucristo. (*Et iratus est draco in mulierem, et abivit facere primum cum reliquis de semine ejus, qui custodiunt mandata Dei, et habent testimonium Christi.*) De esa pluralidad de hijos que tiene la mujer, es lícito inferir, que aquel á quien especialmente se alude en el capítulo XII, es el principal de ellos, su hijo de predilección, su primogénito, *el mayor de sus hijos*, á quien están reservados los más altos destinos, y de quien Satán más tiene que temer.

A pesar de ese furor con que el Dragón mira á la mujer, ésta parió tranquilamente un hijo varón (1), que arrebatará al Demonio el imperio del mundo, y gobernará con cetro de hierro las naciones todas de la tierra; y ese hijo, objeto de tan vastas esperanzas, librarse de la crueldad del dragón, elevándose hacia Dios, y subiendo hasta su trono, (*Et peperit filium masculum, qui rectorus erat omnes gentes in virga ferrata, et raptus est filius ejus ad Deum et ad thronum ejus cap. XII, v. 5.*)

IV. Furioso Satán por no haber podido tragarse al hijo, que el poder divino salvó de sus garras, encarnízase contra la Iglesia, su madre. Esta huye al desierto, donde tiene un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten por espacio de mil doscientos y sesenta días. (*Et mulier fugit in solitudinem ubi habebat locum paratum á Deo, ut ibi pascant eam diebus mille ducentis sexaginta, Iud. 6.*)

Bajo el punto de vista terreno, y humano, realmente la Iglesia encontröse reducida á esa soledad, cuando las naciones y los poderes de la tierra, dejándola sumida en el más completo abandono, consintieron, que la Revolución francesa se apoderase de los Estados Romanos, y tuviese cautivos á dos

(1) El sexo masculino indica la fuerza.

soberanos Pontífices, de los cuales, el uno, murió en el cautiverio de Valencia (Francia); y el otro, después de cinco años de cautiverio, pudo regresar y acabar sus días en la Ciudad eterna. En tan angustiosa situación, la Iglesia se hallaba realmente en la soledad, porque Dios únicamente era el que la conservaba, la sostenía, la alimentaba, en una época, en que los hombres, lejos de prestarle el más insignificante apoyo, la perseguían con encarnizamiento (1).

Los mil doscientos sesenta días de que habla el versículo 6, pueden representar el tiempo de la cautividad de Pio VI, muy diferente de la de su inmediato sucesor, bien que de igual duración; tambien podriamos ver en ellos la duración de la primera revolución de Francia. En este supuesto, á cada una de las cabezas del dragón correspondría un reino de mil doscientos sesenta días, toda vez que cada una luce su diadema; y siendo siete las cabezas, resultarían, con corta diferencia, veinte y cinco años de revolución porque mil doscientos sesenta días hacen tres años y medio, que multiplicados por siete, dán veinte y cinco años aproximativamente.

Adoptando esta exposición, formaría parte de esta época el reinado del Apolion moderno, del que habla el versículo 11 del cap. IX del Apocalypsi, y Jesucristo, en el cap. XXIV, v. 6 de San Mateo diciendo: «Oiréis asimismo noticias de batallas, y rumores de guerra. No hay que turbaros por eso: que si bien han de preceder estas cosas, no es todavía esto el término» (*Audituri enim estis prelia et opiniones praeliorum. Vide ne turbemini, oportet enim hec fieri, sed nondum est finis*); pues la primera revolución no fué más que una prolongada y fiera batalla en Europa, Asia, África, y hasta en América.

Igualmente puede aplicarse á esos calamitosos tiempos este pasaje de Isaias, que con tan exactos como vivos colores pinta principalmente los últimos momentos del siglo XVIII, tan aciagos por las hecatombes, los regocijos, los cadalsos, los matrimonios

(1) Holzauser, que es alemán, al través de esa soledad, escribe á la Alemania pagana, que en el siglo nueve se hizo cristiana para servir de muro á la Iglesia de Roma (tom. II, pág. 19 Wuilleter); Bonifacio muro el de un país, que ha producido el Husitismo, y el Protestantismo; de un país, que se apoderó de Roma en tiempo de Carlos V, y cuya mitad es hostil á la Iglesia católica.

republicanos, las proscripciones, los destierros, las emigraciones, los despojos sacrilegos, los robos y las confiscaciones: «Hé aquí que el Señor desolará la tierra, la despojará, y pondrá afligido el aspecto de ella, y esparcirá sus moradores. Y como el pueblo, así será el sacerdote; y como el esclavo, así su señor; como la sierva, así su señora; como el que compra, así el que vende; como el que da prestado, así el que recibe; como el acreedor, así el deudor. Enteramente arruinada quedará la tierra y totalmente devastada. Por cuanto el Señor así lo ha pronunciado. La tierra se deshace en lágrimas, y se consume, y desfallece: consúmese el mundo, consúmense los magnates del pueblo de la tierra. Infiuncionada está la tierra por sus habitantes, pues han quebrantado las leyes, han alterado el derecho, rompieron la alianza sempiterna. Por esto la maldición devarará la tierra, porque sus habitantes son pecadores; y por esto perderán el juicio los que en ella moran, de que solo se libertará un corto número.» (*Eccc Dominus distripabit terram et nudabit eam, et affliget faciem ejus et disperget habitatores ejus*, cap. XXIV, v. 1. *Et erit sicut populus sic sacerdos, et sicut servus sic dominus ejus; sicut ancilla sic domina ejus; sicut emens sic ille qui vendit, sicut fenerator sic is qui mutuum accipit; sicut qui repetit, sic qui debet*, v. 2. *Dissipatione dissipabitur terra et direptione predeabitur; Dominus enim locutus est verbum hoc*, v. 3. *Luxit et defluxit terra et infirmata est; defluxit orbis, et altitudo populi terræ infirmata est*, v. 4. *Et terra infecta est ab habitatoribus suis, quia transgressi sunt leges, mutaverunt jus, dissipaverunt fœdus sempiternum*, v. 5. *Propter hoc maledictio vorabit terram, et peccabunt habitatores ejus; ideòque insanient cultores ejus et relinquenter homines pauci*, v. 6.)

Al leer estas palabras del Profeta, nos parece leer la historia de la primera revolución. El rey Luis XVI, murió en el patíbulo; la reina y la princesa Isabel, tuvieron el mismo fin. Los magnates del pueblo de la tierra (*altitudo populi terræ*), fueron humillados, expulsados y degollados. Los ricos y los pobres, los sacerdotes y el pueblo, quedaron sumidos en la más espantosa miseria; la tierra fué saqueada y devastada por los bárbaros de la moderna civilización, mil veces más crueles y más rapaces que

los bárbaros del Norte. El comercio quedó anonadado, los campos abandonados ó talados: los obispos, los sacerdotes y los nobles fugitivos y errantes mendigaban, lejos de su patria y en suelo extranjero, el pan de cada día, que no pocas veces se les negaba; crímenes, hasta entonces desconocidos, cometíanse todos los días y a millares, con estrepitosos aplausos de los rabiños tigrés que se habían elevado al poder. La revolución había hollado las leyes fundamentales de todas las sociedades y de todas las monarquías; y cambió el derecho social (*mutaverunt jus*), cargando de cadenas y asesinando al que había recibido de Dios el derecho de regir los destinos de la nación, y privando el poder á los que debían tan solo obedecer. Además, la revolución violó y proscribió la ley divina, rompió la alianza eterna, destronando á Dios, arrojándolo de sus templos, aboliendo el sacrificio perpétuo (*juge sacrificium*), adorando á la razón humana, bajo la ignoble y hedionda imagen de una ramera, y colocando sobre nuestros altares profanados la abominación de la desolación en el lugar del Dios vivo (\*).

(\*) En el t. I, pág. 302, y siguientes, Sor Natividad se encuentra á la cumbre de una hermosa montaña, donde había una bellísima casa. Todas las avenidas estaban libres, y todas sus entradas franqueábanse á los numerosos, pero disipados forasteros, que acudían á ella.

De improviso, elevanse de la tierra ciertos vapores, que forman una negra nube, que oscurece el día, y la nube es empujada hácia la montaña. En su fondo, se destacaba un objeto sensible, cual si fuese una especie de media luna de color de rosa (1), que agitábase violentamente en todas direcciones; y llegado á la cima de la montaña, descendió de la nube, y vino caer á los pies de Sor Natividad. Era un horrendo dragón (2). Precipitose desde luego hácia la bella casa. La Sor, dió gritos, para que los de la casa se pusiesen á salvo, pero burláronse de ella, y la calificaron de imbécil.

(1-2) Obsérvese la conformidad del relato de la Sor, que ve á un dragón de color de rosa, con el v. 3, del cap. XII «*Eccc draco magnus et rubrus*».

V. No podía prolongarse una situación tan violenta; los pueblos suspiraban por la

Aquella montaña, y su hermosa casa, representaban la Francia. Aquellos vapores, figuraban los principios irreligiosos é inmorales que, en parte, produjo la Francia, y en parte, fueron importados del extranjero. «La tormenta, dijo Sor Natividad, ha sido dirigida hácia Francia, porque debe ser el primer teatro de sus estragos, después de haber sido su foco (1). El objeto que se dibujaba en el fondo de la nube, era la revolución, ó la nueva constitución, que se preparaba á la Francia.»

En el t. I, p. 289, Sor Natividad ve, en primer lugar, *dos árboles*. El uno, bello, grande y robusto, la *Iglesia*; el otro, de la misma naturaleza, pero ménos fuerte, que remataba en dos puntas, el *estado religioso de ambos sexos*; luego ve un tercer árbol, la *filosofía moderna*, levantándose entre los dos, y chocando contra el uno y el otro. El primero, conservó todas sus flores, hojas y frutos, y resistió á todos los embates; el segundo, no conservó sino su tronco y las raíces.

En el t. IV, p. 394 y siguientes, ve otro árbol, la *revolución*, que no tiene ni hoja, ni verdor, y cuya corteza era dura como el metal de un cañon, y se le asemejaba porque su espíritu será siempre guerrero. Tan alto era, que no había medio de alcanzar con la vista su cima, y estaba inclinado hácia una bella iglesia para aplastarla bajo su peso. El árbol tenía sus ramas, más ó ménos cortadas, lo que figuraba las guerras civiles, y las matanzas que Dios había permitido en Francia, y que unidas á las guerras extranjeras, habían hecho perecer las almas más orgullosas y más crueles por su malicia. Los buenos hacían todos los esfuerzos posibles para desviar el árbol, y arrancarlo de cuajo; pero á ello se oponía Dios, prometiéndole abreviar los tiempos destinados á abitar el árbol, y declarando, que vendría día en que sera, no arrancado, sino cortado á nivel de la tierra. «Conozco, dijo J. C., la dureza y la precocidad de esos espíritus aviesos, que son más duros que la corteza

de esa árbol, en que la segur no puede penetrar; sin embargo, yo obraré un milagro de mi gracia. (1).

Sor Natividad, hablando de los crímenes de la primera revolución, se expresa en estos términos: (t. I, pág. 263) «He visto una gran potencia, que se eleva contra la santa Iglesia; ella ha arrancado, robado y asolado la viña del Señor.... después de haber vilipendiado el celibato, y oprimido el estado religioso, esa potencia orgullosa y audaz ha usurpado los bienes de mi Iglesia, y háse como revestido de los poderes de N. S. P. el Papa, cuya persona y autoridad ha despreciado (2). He visto bambolear las columnas de la Iglesia; he visto caer un considerable número de ellas, de las cuales debíamos prometernos más estabilidad. Entre los que habían de sostenerla, ha habido no pocos cobardes, indignos, falsos pastores, lobos, bajo el disfraz de ovejas, que no entraron en el aprisco sino para seducir á las almas sencillas, pasar á degüello el rebaño de J. C., y entregar la heredad del Señor al pillaje de los saqueadores, los templos y santos altares á la profanación (3).

«¡Ay de los traidores! dice J. C., ¡ay de los apóstatas! ay de los usurpadores de los bienes de mi Iglesia, como igualmente de todos los que desprecian su autoridad!»

Tomo I, p. 272. «Hija mía, me decía (J. C.)... no han faltado en mi Iglesia muchos Judas, que me han hecho traicion, y me han vendido. Da nuevo he sido abandonado y negado. Se ha libertado á Barrabás, y se me ha condenado á muerte.

(1) Cuando se considera todo lo que es necesario para que Dios reine en la tierra, la impotencia de los medios humanos, y se abraja la convicción, que ese reino ha de venir cuanto antes, se reconoce la necesidad de un milagro para obtener tal resultado.

(2) Siempre la Revolución ha menospreciado la autoridad del Papa. Tres veces ha despreciado su augusta persona en dos concilios y un destierro.

(3) Esos sacerdotes, esos pastores, son las estrellas del cielo que el dragón arrastraba con su cola y las arrojaba á la tierra. AROC. XII, 4.

(1) La Francia es el foco del mal, pero también lo es del bien.

Aroc. IX, 12); mas la disposicion de los hombres no procedia sino de cansancio, y los corazones no habian cambiado, como lo acredita la terca resistencia con que se negaron á reconocer y á dar gracias á la bondad divina, autora de aquel señalado beneficio; así es, que el mal siguió su marcha progresiva. Es verdad, que hubo tranquilidad, y paz material en la tierra; empero, no cesó la guerra contra el cielo, atacando á la verdad, y al mismo Dios. Al efecto, se echó mano de las doctrinas satánicas, llamadas *liberales*, que, adornadas con un nombre fascinador, revestian las apariencias del bien; empleáronse tambien las sociedades, mas ó ménos secretas, y una cruzada hábilmente organizada y diestramente conducida, la cual, adormeciendo á los defensores y á los centinelas de la religion, alu-

«Ho sido cruelmente azotado y coronado de espinas. Se me ha cubierto de afrentas y de oprobios. Se me ha conducido al suplicio para crucificarme segunda vez. ¿Qué castigos no merecen tantos y tan sangrientos ultrajes? Sin embargo, he oído las súplicas de mi Iglesia; sus gemidos y sus suspiros han hecho violencia á mi corazón, he resuelto abreviar el tiempo de su destierro (1).»

Hemos conjeturado, que la primera revolucion duraria, poco mas ó ménos, veinte y cinco años; Sor Natividad ha guardado silencio sobre el particular, citándose á las siguientes palabras que se leen en el tomo IV, p. 400: «Tomad paciencia por un largo periodo de tiempo.»

Irritado contra la Francia, Dios amenazaba destruirla; y dijo á Sor Natividad: «Yo la dividiré, y haré de ella pedazos como de una casa vieja, y los arrojare.» Esta frase no la doy por cierta, añade Sor Natividad, el acontecimiento puede mejorar ó empeorar, ó desaparecer enteramente, puesto que esto no lo veo sino confusamente (2).

(1) La palabra destierro, aplicada á la Iglesia, representa muy bien la fuga de la mujer del cap. XII, 6, del Apocalypsi.

(2) Nadie ignora, que en 1815 tratóse de dividir la Francia.

cinó y sedujo al mundo, hasta el punto, que nadie osaba declararse por Dios; que el hábito de un fraile, y la sotana de un sacerdote excitaban las sillas, y provocaban los sarcasmos, apenas aparecian en nuestras calles y plazas; y que nuestras solemnidades religiosas eran contaminadas por hombres descarados y lascivos, que acudian al templo para insultar á Dios, hasta en sus mismos altares.

En aquel intérvalo de tranquilidad, que la Francia y la Europa aprovecharon para reponerse de sus quebrantos, y acrecentar sus fortunas, y que, bajo el punto de vista moral, léjos de ser una época de restauracion, fué un nuevo período de desorganizacion, añadido á tantos otros; en aquel intervalo, repetimos, el mal, desocado y sin experiencia en el primer período, se redujo á sistema; entónces se establecieron las doctrinas infernales del liberalismo, del radicalismo, del socialismo y del comunismo. Probablemente verificóse en aquellos años el tremendo combate entre el Dragon, y san Miguel, y sus Angeles (*Et factum est praelium magnum in celo, Michael et Angeli ejus preliabantur cum dracone, et draco pugnavat et Angeli ejus, Aroc. XII, 7*) (1).

No pudo envapescerse Satán, ni de haber derrotado las milicias celestes, ni de haber extinguido completamente la verdad (*Et non prevaluerunt, neque locus inventus est eorum amplius in celo, Iud. v. 8*). Fué, al

(1) Holzauzer (t. II, pág. 23 á 25, Waillerel), opina, que ese combate libróse entre los Angeles fieles y los rebeldes, queriendo esos últimos impedir el establecimiento de la Iglesia en Alemania, y esforzándose los primeros en favorecerlo. Esta aplicacion puede ser verdadera, porque los textos sagrados se refieren, á veces, á diferentes épocas; pero no es la principal.

Si se cree, que la aplicacion que acabamos de hacer á la primera Revolucion francesa, y á la Restauracion, no es clara, y hasta parece violenta, suplicamos que se tenga presente, que ella fuye como por fuerza de la division del Apocalypsi, que hemos hecho en el § IV de la Introduccion, y de la interpretacion del cap. XX, hecha en el § VI; de este modo la dificultad sube mas alto.

contrario, arrojado á la tierra con todas sus falanges, y no en el abismo; lo que hace presumir, que, desde luego y sin tregua, se puso á tramar una nueva conmocion, lleno de despecho por el golpe de mano que con tan mala fortuna acababa de dar (*Et projectus est draco ille magnus, serpens antiqvis qui vocatur Diabolus et Satanas, qui seducit universum orbem, et projectus est in terram, et Angeli ejus cum eo missi sunt, Iud. v. 29*).

La corte celestial celebró ese triunfo del cielo, que anunciaba una segunda victoria en la tierra (*Et audivi vocem magnam in celo dicentem: Nunc facta est salus et virtus, et regnum Dei nostri et potestas Christi ejus. Quia projectus est accusator fratrum nostrorum qui accusabat illos ante conspectum Dei nostri die ac nocte, Iud. v. 10. Et ipsi vicierunt propter sanguinem Agni, et propter verbum testimonii sui, et non dilexerunt animas suas usque ad mortem, v. 10. Propterá betamini cali, et qui habitatis in eis (1), v. 12.*) (\*).

(1) Entónces oí una voz sonora en el cielo que decia: Hé aqui el tiempo de salvacion, de la potencia, y del reino de nuestro Dios, y del poder de su Cristo: porque ha sido ya precipitado del cielo el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba dia y noche ante la presencia de nuestro Dios. Y ellos vencieron por la sangre del Cordeiro, y en virtud de la palabra de la fe, que han confesado, y por la cual derramaron sus vidas, hasta perderlas por obedecer á Dios. Por tanto, regocijaoos jöh cielos y los que en ellos morais!

(\*) Puede aplicarse con mucha oportuinidad á la Restauracion, el siguiente pasaje de Sor Natividad:

En el tomo II, pág. 26. Ella veia en espíritu, «una sala espaciosa, que se parecia á una iglesia, y estaba casi llena de sacerdotes, revestidos de albas muy finas, muy hermosas, pero sin casullas ni capas. Iban rizados y empolvados, muy alegres y muy contentos. Cantaban himnos de júbilo. Los unos leian en alta voz algunas producciones en verso y en prosa, que eran aplaudidas por otros.» Sor Natividad rebosaba de gozo, más á su lado observó al niño Jesus, que le pareció de

VI. El triunfo obtenido en el cielo, no se alcanzó tan pronto en la tierra. La derrota que sufrió el dragon en el cielo, de donde ha sido para siempre arrojado, le pone furioso (*Neque locus inventus est eorum amplius in celo, v. 8*); y para vengar su afrenta, trata de suscitar una segunda revolucion, que será muy terrible, porque sabe que le queda poco tiempo; así que, persigue de nuevo á la mujer, que habia parido aquel hijo varon, y por consiguiente, de fuerzas atléticas (*Vae terræ et mari quia descendit Diabolus ad vos, habens iram magnam, sciens quòd modicum tempus habet, Iud. v. 12. Et postquam vidit draco quòd projectus esset in terram, persecutus est mulierem quæ peperit masculum, Iud. v. 13*) (1); y la cruz derribada y extendida en acilud doliente, se aparece en los aires, el dia 17 de diciembre de 1826 en Migné, modesta poblacion en el católico departamento del Poitou, á la vista de millares de expectadores, quienes no sospechan, que este prodigio es el principio de esa segunda persecucion, que en nada se parece á la precedente, sino que ofrece un carácter particular, á causa de las alas de una águila gigantesca, que se dan á la Iglesia para volar al desierto.

Una libertad omnimoda se concedió en Francia á la prensa, en el año 1826. Quédó abolida la censura prévia; el motin de la

tres años, teniendo en su mano una cruz grande (\*), el cual, fijando en ella una mirrada triste, la dijo: «¡Jija mia, no hay motivo de alegrarse, vas á ver como cambia luego la escena; no todo se ha concluido aún, y no se han acabado todavia sus pruebas, como ellos se figuran. No ha llegado la hora de cantar victoria. Es verdad que despunta la aurora, pero el dia que amanece será tempestuoso y malo.»

(1) «Ay de la tierra, y del mar! porque el diablo bajó á vosotros arrojado del cielo, y está lleno de furor; sabiendo que le queda poco tiempo... Viéndose, pues, el dragon precipitado del cielo á la tierra, fué persiguiendo á la mujer que habia parido aquel hijo varon.

(\*) Esa gran cruz, que Jesus tenia en sus manos, quizás fuese la Cruz de Migné.

calle de San Dionisio, y la asonada de Rouan, dirigidas contra los misioneros católicos, barto indicaron el nuevo rumbo que iba a tomar la sociedad. El Parlamento se permitió dar al trono lecciones de buen gobierno; reales órdenes, hostiles a la Iglesia, fueron arrancadas (en junio 1828) a un soberano bueno y religioso, por ministros descreídos, y especialmente por un obispo ciego ó infiel a su ministerio. El mal desborda, y todo lo invade. El monarca está resuelto á oponerle un dique por medio de nuevos decretos, modelos de sabiduría y de verdad, que han sido calificados de culpables por un célebre orador, que aspiraba al título de defensor de la soberanía legítima (1). Entónces el trono, minado por una formidable insurrección, acariada por algunos con cuyos esfuerzos debía contar el rey, húndese sobre las ruinas del altar. De aquí arranca la sublevación de la Bélgica, la guerra civil y dinástica de España, los desastres de la Polonia, de la Italia, de Portugal, y de todos los países católicos de Europa, porque los tiros del infierno y sus fautores iban dirigidos al Catolicismo, que es el blanco de sus enconos. El día inmediato al de su elección en el Cóncilave, habido el 2 de febrero de 1831, el soberano Pontífice, Gregorio XVI, se ve precisado á encerrarse en el castillo de San Angelo, para sustraerse al furor de sus vasallos, sublevados y capitaneados por extranjeros. Sus estados son invadidos por varios cuerpos de ejército, cuyos auxilios no ha reclamado, y los cuales, en plena paz, hacen astillas las puertas de Ancona, abiertas de par en par; y después de ésta *hazaña*, se apoderan de la ciudad.

Al mismo tiempo las iglesias y los palacios de los obispos son saqueados, los prelados expulsados de sus sedes; al pié de la cruz, que los demonios quisieran derribar, asesinanse á mujeres, niños y ancianos, que procuran con sus cuerpos inofensivos salvar del furor de los malvados el signo de nuestra Redención.

Por otra parte, la Europa es inundada de sangre; en Francia corre en diferentes épocas, y en diversos puntos: en París, en las jornadas de Julio de 1830, en Junio de 1832, en Abril de 1834, en Mayo de 1839, en Febrero de 1848, en 13 de Junio de 1849, y en Diciembre de 1851; en Lyon, en el mes

(1) M. Berryer.

de Noviembre de 1831, en Abril de 1834, en Junio de 1849; en la Vendée, en 1832; en Marsella, en 1848; y en toda la Francia, en el mes de Diciembre de 1851. Corre á torrentes en España, desde Setiembre de 1833, hasta 1840, así en la guerra civil, que tantas veces se ha vuelto á encender desde aquella fecha, como en las continuas insurrecciones, que han suscitado los mismos revolucionarios por espacio de treinta años; en Portugal, en la guerra civil, que destruyó á su rey legítimo, don Miguel, para entronizar con el apoyo y en provecho de la Inglaterra á una reina del Brasil; no menos que en las numerosas rebeliones, que, desde 1833, han ensangrentado aquella nación; en los movimientos sediciosos que han tenido lugar en Suiza, en Prusia, en Dinamarca, en la Italia Austriaca, en la Bohemia, en Viena, en Ungría, en el Piamonte, en la Sicilia, en Nápoles, y en Roma. El Sumo Pontífice, á quien se trató de asesinar, abandona secretamente su capital, refugiándose en Gaeta, á mediados de noviembre de 1848, bajo la sombra tutelar del único Borbon legítimo, que aun conserva su trono, y no vuelve á su capital hasta el mes de Abril de 1850, gracias á un ejército francés.

El cólera, entretanto, importado en Europa desde el fondo del Oriente por las tropas rusas, trasladadas rápidamente á Polonia para sofocar la insurrección, y llamado, en consecuencia, por la revolución francesa que promovió aquella sublevación, se precipita sobre las naciones europeas; empieza su misión divina, invadiendo la Inglaterra, la mayor de las prostitutas de las modernas edades, ese Cain de los pueblos, que incapaz de combatir ventajosamente contra pueblos civilizados, sopla, inspira é inculca el mal en los que son capaces de obrar. De las Islas Británicas, el contagio pasa á París, y al norte de Francia, después de haber sembrado la consternación en Rusia, Polonia y Alemania. En 1834, Marsella y el Mediodía son diezados por el azote asiático. En 1837 extiende su funéreo manto sobre la Italia, la Sicilia, la España y el Portugal, desolando por tercera vez á Marsella; y en 1849 hace estragos casi en toda la Europa y demás partes del mundo.

A esta calamidad, sucedió el terrible azote de las inundaciones, que devastan un sinnúmero de comarcas, desde 1840 á 1845; el hambre, causada por la enfermedad de las

patatas, que tuvo principio en 1842, y se desarrolló completamente en 1846, diezmando las poblaciones, y sobre todo la Irlanda, donde innumerables personas perecieron de miseria; la falta de trigo en 1846 y 1847; y, finalmente, los terremotos, que tantos desastres ocasionaron, y que convirtieron en montones de ruinas no pocas localidades.

Durante todo aquel período de sufrimientos y de crímenes, en que el mal reinaba como soberano, en que Satán era realmente el *príncipe de este mundo*, y se impedía el bien; la Iglesia estaba en medio de la tierra como en un desierto, abandonada de los hombres, vendida ó perseguida por la mayor parte de las potencias, sola, enteramente sola, sin ningún medio visible de defensa, y sin otro sosten que Dios. Con todo, no desapareció de Europa; la mano del Omnipotente la conservó, la alimentó; y en prenda de su cercana victoria, y de su inminente triunfo, diólo dos alas de águila (*Et date sunt mulieri alae duae aquilae magnae, ut volaret in desertum in locum suum; ubi altitur per tempus et tempora et dimidium temporis á facie serpentis*. Apoc. XII, 44.) (1).

El tiempo de que se trata en el versículo 44 (*Tempus, tempora et dimidium temporis*) comprende, á nuestro modo de ver, tres años y medio, que formarían un nuevo reinado para cada una de las siete cabezas del dragón; y, según esta cuenta, tendríamos otros veinte y cinco años, porque á cada una de las cabezas del dragón le corresponde turnar en el reino, como lo indica la respectiva diadema; de modo, que uniendo este número de años á la fecha de la aparición de la cruz de Migné, llegaríamos al fin de diciembre de 1851, ó al año 1852; y si se lee detenidamente la historia contemporánea, se hallará que la Francia, durante dicho intervalo de tiempo, ha sufrido siete

(1) A la mujer se le dieron dos alas de águila muy grandes para volar al desierto, al lugar destinado, en donde, lejos de la serpiente, es alimentada por un tiempo y dos tiempos y la mitad de un tiempo.

Según Holzauser (tom. II, págs. 33 á 37, Wuillerel), esas alas de águila representan al emperador Carlomagno, defensor de la Iglesia.

cambios, ó siete modificaciones en su gobierno (1) (\*).

(1) Quizás se nos haga un cargo de referir á la Francia todos los acontecimientos apocalípticos, sin contar para nada las demás naciones. No es culpa nuestra la preferencia que damos siempre á la Francia. Dios, y el Demonio, todo lo hacen en Francia, y por medio de la Francia; todo lo que es francés toma un carácter de universalidad; lo que no lo es, no se generaliza en esta forma, y no afecta sino á ciertas localidades, á no ser que sea adoptado por la Francia. Estos hechos son tan incontestables, como lo es, que en 1852 la Europa agitada y convulsa, hacia cuatro años, se ha sossegado y descansado á consecuencia del *golpe de Estado*, dispuesto por la bondad inania de Dios.

Los cargos que se nos dirigiesen, podrían los Asiáticos, los Africanos y los Americanos hacerlos también á la Europa. Electivamente y sin ninguna vacilación podemos afirmar, que lo que la Francia es para la Europa, ésta lo es para el mundo entero.

Por otra parte, cuando se trata de operaciones intelectuales, es indispensable un lugar en que se depositen, se formen y nazcan para dar la vuelta al mundo. Creemos que la Francia es el lugar desde donde se difunden y propagan, así el bien, como el mal, conforme lo atestiguan las tres cuartas partes de los misioneros, que ella sola suministra á la Iglesia. Suplicamos á los que piensan de otro modo, que nos indiquen un lugar más á propósito.

Hemos tomado tres años y medio por tres años y medio, y no por 1278 años y medio,

(\*) Revelaciones de Sor Natividad: Tom. IV, pág. 407. «Mucho le queda aun á la Iglesia que padecer; el primer ataque que habrá de sostener, después del que está sosteniendo en la actualidad, procederá del espíritu de Satán, que suscitara contra ella *ligas y asambleas* (1).»

Tom. II, pág. 76. «Acérase otra vez (2)

(1) La revolución de 1830 se llevó á cabo por la *liga* de los tres partidos revolucionarios, que cada uno á su vez ha reinado, y por medio de una Asamblea, la Cámara de los diputados y los 221.

(2) La palabra otra vez indica el principio de una nueva revolución.

VII. En medio de ese diluvio de males, y de tan profunda corrupción, cierto número de católicos háuse revestido de valor y recobrado bríos, para luchar contra el infierno, y el error, lo que no sucedió en la primera revolución. No se han ruborizado

como hicimos en el capítulo primero de esta segunda parte, porque la division del Apocalypsi, tal como la trazamos en el párrafo VI de nuestra Introducción, y la premura del tiempo que faltaba á recorrer, nos obligan á admitir este cálculo.

la hora de la potestad de las tinieblas; el cielo permitirá de nuevo que tenga gran poder, hasta que mis enemigos hayan llegado al precipicio, que ellos mismos han cavado torpemente bajo sus pies.

En otro tiempo, J. C. no me hablaba de las persecuciones de su Iglesia, sino para deplorar la pérdida de las almas y los ultrajes de la Divinidad... Ahora, al contrario, no me habla sino de los trofeos de su pasión, de las victorias de su Iglesia, y del castigo de sus enemigos, contra los cuales prepara una venganza ejemplar.

«Mis enemigos se felicitan y se dicen mutuamente... «Bien pronto nuestra victoria será completa...» ¡Insensatos! Corren á su ruina. Yo veo asomar el torbellino de la cólera divina, que va á tragarnos y á sepultarnos en el momento mismo en que su impiedad se lisonjea de coronar su obra... Mis enemigos se alegran, pero su alegría se convertirá en amargos pesares. Elevan trofeos contra mí, pero los trofeos mismos de sus victorias servirán para su derrota y su exterminio... Los impíos publican decretos contra mi Iglesia; pero, á tenor de los decretos de mi justicia, perecerán todos ellos con sus decretos y sus leyes sacrilegas (1).»

(1) La diferencia que se nota entre el lenguaje de N. S. al hablar de la primera revolución, y el que usó hablando de la segunda, concuerda muy bien con las *alas de águila muy grande* que la mujer recibe al comenzar la última. Apocalypsi, XII.

de confesar al *Crucificado*, han defendido la religion, sino con resultados satisfactorios, á lo ménos con mucho celo y ardor. Los obispos favorecieron con todo el influjo de su autoridad esta santa cruzada; Roma la aplaudió, y la bendijo, porque no dudaba que la victoria sería el premio de la lucha (1).

Ese nuevo elemento, tomando paulatinamente proporciones grandiosas, y agrupando á su alrededor todos los corazones justos, todos los espíritus rectos, pudo combatir con algun éxito contra los falsos principios y las malas pasiones, sostenido por las *alas de una águila grande*, que para este conflicto habia recibido nuestra santa madre la Iglesia (*Et date sunt mulieri alae duae aquilae magnae*, Ibro. v. 14).

El cielo, que con la aparicion de la cruz de Migné, habia dado sus avisos al linaje humano, culpable, derramó sobre la tierra abundantes gracias de conversion. El mundo contempló los milagros sin cuento, que

(1) Esta pacífica cruzada empezó á organizarse y á funcionar en Francia en el año 1833. Sugatos adheridos al catolicismo con todo su corazón, que se habian dejado alucinar por Lamenais y sus errores, pero que rompieron con él, sin abdicar todos sus principios, y que por lo mismo pertenecian políticamente á la Revolución, y *hablaban con toda franqueza, fundaron la liga católica*, de la cual Montalembert fué uno de sus más eminentes gefes. De esta liga nació el periódico *L'Univers*, en 1837.

Los que hace más de diez años dirijen esta publicacion periódica, háuse manifestado más decididos y más ardorosos áun que Montalembert, y han defendido la Iglesia con más vigor y talento. Amaestrados por la experiencia, han rechazado el galicanismo, y no pocos de los principios revolucionarios, y de un modo particular el parlamentarismo y las libertades públicas. Hay, sin embargo, una verdad social, que todavia no han reconocido de un modo explícito. Abrigamos la esperanza que un dia la defenderán; y creemos, que sino lo hacen en la actualidad, es porque quieren conservar el derecho de hablar con más libertad en favor de la Iglesia; pues tiempos hay, en que no puede decirse toda la verdad.

se obraron por la Medalla milagrosa; la ereccion canónica de la archicofradia del Corazon Inmaculado de Maria; el misericordioso descenso de nuestra tierna Madre en el monte de la Saleta; los no ménos brillantes portentos de las imágenes milagrosas de Italia; la propagacion del culto del Sagrado Corazon de Jesús; la institucion, en Langres, de la Archicofradia, cuyo objeto es la reparacion de los juramentos, de las blasfemias y de la violacion de los dias consagrados al Señor; cosas todas, que anunciaban tiempos más bonancibles, y que, en lontananza, mostraban á la estrella de la mañana (*Stella matutina*), alumbrando al mundo con los destellos de su purísima luz, que habia de brotar de la proclamacion dogmática de su Concepcion Inmaculada. (1).

Mientras, pues, se cumplen los sucesos concernientes á la segunda revolución, que pertenece á la quinta edad, háse depositado en los espíritus el germen de la sexta edad, figurada por las alas de una grande águila. Desde aquel tiempo crece este germen, se agranda, y lucha contra las disposiciones, que hasta entónces habian dominado, para triunfar de ellas con el socorro del poder divino, y hacerlas en seguida desaparecer por completo.

En 1852 cesaron las asonadas callejeras, y los confinamientos; las deportaciones pro-

dujeron una tranquilidad más aparente que real; los espíritus superficiales, los que, ó no concian su deber, ó les importaba poco el cumplirlo, cansados ya de tantas luchas, trataron de saborear las dulzuras de un indigno reposo; renunciaron á todo movimiento, y dieron carta blanca á aquellos á quienes por casualidad la revolucion habia encumbrado al poder, como si para luchar contra el mal, cualquiera gobierno no tuviese necesidad del apoyo activo y continuo de la parte honrada del pueblo; y no exigieron del gobierno otro privilegio, que el de ocuparse tranquilamente en sus asuntos particulares, y en sus especulaciones financieras; mientras que el partido anticatólico, que no habia muerto, ni estaba desarmado, agítábase en las tinieblas, y aprestábase á trastornar de nuevo la sociedad.

VIII. Maldecia el cielo la accion tenebrosa y criminal de los impíos; empero, distaba mucho de aprobar la apatía y la indiferencia de no pocos de los que aspiraban al dictado de buenos católicos. La justicia divina manifestaba su indignacion, redoblando de una manera sorprendente sus golpes. Los cobardes, y los indiferentes, cifraban su dicha en la paz; y en el interin, casi sin motivo, surgia una guerra, tanto más formidable, cuanto más lejana, que en el corto espacio de dos años habia de inocular un millon de hombres, y que ha sido la sangria más copiosa, que se ha practicado en el género humano en tan corto tiempo. El hambre devastó la tierra por la enfermedad de las patatas; por el *oidium*, que destruyó la mayor parte de los viñedos, habiendo sido el primero de esta clase de azotes que empezó en 1850 y 1851, y que no ha desaparecido áun en la actualidad; por la escasez de cereales, que se ha prolongado hasta el año 1857; por la mortandad extraordinaria en el ganado lanar, vacuno y de cerda; por las inundaciones (1856), mayores todavia que las precedentes; por la carestía de los artículos de primera necesidad; de suerte, que hace ya muchos años que el pueblo, la clase proletaria, en especial, no vive sino de privaciones y de dolores; y que la mortandad, producida por la miseria y el hambre, ha ascendido en la Francia, segun la estadística publicada en los periódicos, en 1854, á 71,000; en 1855, á 80,000

(1) Stáanos permitida aquí una observacion, que nos justifica completamente con respecto á nuestra parcialidad en favor de la Francia. La Italia y la Francia han sido favorecidas con multitud de milagros. En Italia, para los prodigios de que ha sido objeto, Dios se ha servido de las imágenes de Jesús, y de Maria, excepto en la aparicion á Ratisbona, que era francés. En Francia, Maria se deja ver personalmente, y habla por su propia boca. Esta predileccion prueba, que la Francia está llamada á desempeñar el papel más importante en la marcha de los acontecimientos católicos. No es pues, el espíritu nacional el que nos inspira tal lenguaje, temblamos, al contrario, por la Francia, si recibiendo tantas gracias y tan señalados favores no corresponde, como debe, á los designios de la Providencia, y no cumple con su mision.

defunciones; nada decimos de los años 1856 y 1857, porque el gobierno no ha creído oportuna su publicación hasta la fecha; por la peste (el cólera), que ha recorrido la Europa entera durante dos años consecutivos, 1854 y 1855; por los numerosos y terribles terremotos que, habiéndose reproducido en el mes de junio de 1854, háense renovado, ora, en unos, ora, en otros puntos del orbe, y acaban de azotar de un modo tan cruel el reino de Nápoles, que ha visto perecer recientemente a más de treinta mil de sus habitantes (1). ¡Ah! si los azotes del cielo revelan que Dios está disgustado de los pensamientos, de los sentimientos y de la conducta de los hombres, preciso es confesar, que en ninguna otra época los moradores de la tierra fueron más criminales; porque el brazo de Dios descarga golpes tan rudos, tan frecuentes, tan redoblados sobre nosotros de algunos años acá, que en número y en intensidad, aventajan a cuantos había descargado sobre los hombres en los siglos anteriores, inclusa la primera mitad de nuestro siglo.

A este triste período, comprendido entre 1827 y 1852, parecen relacionarse, 1.º estas palabras del Salvador, en San Mateo, cap. XXIV, 7 et 8: *Consurget enim gens in gentem, et regnum in regnum, et erunt pestilentia, et fames et terremotus magni erunt per loca. Hoc autem omnia initia sunt dolorum*, (2); expresiones, que son la historia exacta, sucinta y completa de todo lo que hemos visto. 2.º Y este pasaje de Isaías, que anuncia, con dos mil seiscientos años de anticipación, las catástrofes que un día afligirán la tierra, y particularmente esa epidemia general de los viciados, que por vez segunda ha sido vaticinada en nuestros días en el monte de la Salleta (*Et terra infecta est ab habitatoribus suis, quia transgressi sunt leges, mutaverunt jus, dissipaverunt fides sempiternum*, cap. XXIV, 5. *Propterea maledictio vorabit terram et peccabunt habitatores ejus. Ideoque insanient culiores ejus et relinquentur homines pauci*, v. 6. *Luxit vindemia, infirmata*

(1) A esos terremotos puede añadirse el que recientemente ha tenido lugar en Méjico.

(2) Se armará nación contra nación, y un reino contra otro reino, y habrá pestes, y hambres, y terremotos en varios lugares. Empero, todo esto no es más que el principio de los males.

*est vitis, ingemuerunt omnes qui lababantur corde*, v. 7. *Cessavit gaudium tympanorum quatevis sonitus lalanatum, conceitit dulcedo citare*, v. 8. *Cum cantico non bibent vinum, amara erit potio bibentibus illam*, v. 9. *Altritus est civitas vanitatis, clausa est omnia domus nullo introeunte*, v. 10. *Clamor erit super vino in plateis; deserta est omnis locustia, translatum est gaudium terre*, v. 11. *Helicta est in urbe solitudo, et calamitas opprimet portas*, v. 12. (1).

Y las causas de todos esos infortunios son, como lo dice el Profeta, la transgresión de las leyes, la variación del derecho,

(1) Inficionada está la tierra por sus habitadores, pues han quebrantado las leyes, han alterado el derecho, rompien la alianza sempiterna. Por esto la maldición devorará la tierra, porque sus habitantes son pecadores, y por esto perderán el juicio los que en ella moran, d que solo se libertará un corto número. La vendimia está llorando, la vid perdió su vigor: llorando están a lagrima viva los que se alegraban de corazón. Cesó el festivo de los panderos, se acabó la algazara de las bulliciosas cuadrillas de gente, enmudeció la melodiosa cítara: no beberán ya vino en medio de cantares; amargo será todo licor para los bebedores. La ciudad de la vanidad se va destruyendo, todas las casas están cerradas, sin que nadie entre en ellas. Habrá gritos en las calles por la escasez del vino: todo contento queda desterrado; desapareció la alegría de la tierra. La ciudad está hecha un paramo, y quedarán destruidas sus puertas.

Hemos citado y seguiremos citando varios pasajes de Isaías: Se nos acusará de hacer aplicaciones falsas, porque las visiones de dicho profeta no se extienden hasta el fin del mundo. A esto contestamos, que para todo católico sumiso á la Iglesia es de fe, que Isaías ha vaticinado hasta los últimos tiempos, como lo prueba el siguiente pasaje del *Eclesiástico*, c. XLVIII, vv. 25, 27, 28: *Isaías propheta magnus et fidelis in conspectu Dei.... spiritu magno vidit ultima inquit in sempiternum. Ostendit futura et abscondita antequam evenirent.*

y el desdenoso rompimiento de la alianza eterna.

Léjos de mostrarse arrepentidos y volver á su Dios, los hombres se pervierten cada vez más, y se hunden en el crimen: aquí, se ponen cortapisas á las predicaciones católicas; allí, se despoja á la Iglesia de sus legítimas propiedades; en este país, se encansa y se destierra á los prelados; en muchos otros, se cometen horrendos regicidios, y sus autores son ensalzados, glorificados y hasta recompensados.

Esa no interrumpida acción del mal, favorecida por la ambición, la apatía, la torpeza ó debilidad de los que debieran combatirla; el abuso de las gracias y de las amonestaciones divinas, más numerosas que en ningún otro tiempo; las oraciones de los fieles, la necesidad de una conversión general en vista de los divinos decretos; conversión que ha de efectuarse, ó por medio de una efusión extraordinaria de gracias, en el caso que los piadosos católicos se apresuren á ofrecer, en desagravio de las iniquidades de los malos, una reparación suficiente; ó por la acerbidad de los castigos, conforme al oráculo de Jesucristo en el capítulo XIV, v. 23 de san Lucas: *Compelle intrare, ut impleatur domus mea*: forzados á entrar, á fin de que se llene mi casa; y por último, la poderosísima ternura de María, á quien la tierra ha reconocido el singular y glorioso privilegio, principio de su divina maternidad; terminaran, tarde ó temprano, con una lucha la más encarnizada que nunca vieron los mortales, y por una crisis decisiva, en la cual el demonio agotará todos sus recursos, y Dios, á su vez, desplegará su poder. La serpiente vomitará entonces de su boca en pos de la mujer (la Iglesia), un río de agua, á fin de que sea arrastrada de la corriente. Más entonces la tierra, por primera vez después de largo tiempo, ayudará á la Esposa santa de Jesucristo, abriendo sus abismos para sorberse al río amenazador; el dragon, furioso por su derrota en el campo de batalla que escogiera, y en el que se lisonjaba de hacer temblar por siempre su bandera, guerreará contra todos los demás pueblos que obedecen á la Iglesia; y derrotado en todas partes, no se detendrá sino en la orilla misma del mar á la extremidad de la tierra, (*Et misit serpens ex ore suo post mulierem, aquam tanquam flumen, ut eam faceret tra-*

*hi à flumine*. Apoc. XII, 15. *Et adjuravit terra mulierem, et aperuit terra os suum, et absorbit flumen, quod misit draco de ore suo*, v. 16. *Et iratus est draco in mulierem: et abii facere prælium cum reliquis de semine ejus, qui custodiunt mandata Dei, et habent testimonium Jesu Christi*, v. 17. *Et stetit super arenam maris*, v. 18.) (1).

Y no se diga, que esas grandes aguas y ese río no representan los pueblos coigados contra la Iglesia, pues san Juan lo dice terminantemente; hó aquí sus palabras en el capítulo XVII: *las muchas aguas sobre las que va sentada la prostituta (Quae sedet super agnas multas*, v. 1) son los pueblos, las naciones y las lenguas (*Aque quas et dicit, ubi meretrix sedet, populi sunt, et gentes et linguæ*, v. 15).

Ese período desgarrador, que debe transcurrir desde 1827, hasta el desenlace de la tremenda crisis de que acabamos de hablar, nos parece mejor descrito todavía en el capítulo IX del Apocalypsi. Durase, que san Juan ha escogido al efecto un tiempo de calma, que juzgamos ser los quince años de la llamada Restauración, durante los cuales los vientos revolucionarios que soplan, no eran bastante récios para trastornar la tierra. Al sonar la sexta trompeta, una voz salida del Altar dijo al Angel que la tocaba: *Desalta á los cuatro Angeles que están ligados en el caudaloso río Eufrates, esto es; á los revolucionarios, á los anticatólicos, que no tenían poder en la Europa civilizada; puesto que Eufrates significa una casa bien ordenada (Et vultus Angelus tubæ cecinit: et audivit vocem unam ex quatuor cornibus altaris auri, quod est ante oculos Dei*, v. 13. *Dicentem sexto Angelo, qui habebat tubam: Solve quatuor Angelos, qui*

(1) Entonces la serpiente vomitó de su boca en pos de la mujer caudal de agua como un río, á fin que la mujer fuese arrebatada de la corriente. Mas la tierra sorrió á la mujer, y abriendo su boca, se sorbió al río que el dragón arrojó de la muñeca. Con esto el dragon se irritó contra la muñeca, y marchóse á guerrear contra los demás de la casta ó linaje de ella, que guardan los mandamientos de Dios, y mantienen la confesión de Jesucristo. Y apostóse sobre la arena del mar.

Holzauer (Tom. II, pág. 37. Wulbert), ve figuradas en este río las desoladoras tragedias de los siglos XI, XII y XIII, que agitaron la Iglesia latina; tragedias que no fueron muy deplorables.

*alligati sunt in flumine magno Euphrate v. 14*) (1). Y entonces fueron desatados los cuatro Angeles malos (pues que no se ala sino a los Angeles rebeldes), que estaban ya preparados para la hora, el día, mes y año en que debían dar muerte á la tercera parte de los hombres, á quienes sorprendieron, porque nadie pensaba en ellos. Su caballería (que significa la celeridad de sus movimientos) era tan numerosa, que el Profeta la hace subir á veinte millones de hombres; los ginetes vestían corazas de fuego, de jacinto y de azufre; las cabezas de los caballos parecíanse á las de los leones, lo que figura su bravura y su malignidad; y arrojaban de su boca fuego, humo y azufre (*Et soluti sunt quatuor Angeli, qui parati erant in horam, et diem, et mensem, et annum, ut occiderent tertiam partem hominum, v. 15. Et numerus equorum ezercentis vicies milles dena millia. Et audivi numerum eorum v. 16. Et ita vidi equos in tione, et qui sedebant super eos, habebant loricas igneas, et hyacinthinas et sulphureas, et capita eorum erant tanquam capita leonum, et de ore eorum procedit ignis et fumus et sulphur, v. 17*).

Esas tres plazas, el fuego, el humo y el azufre, que salían de la boca de los caballos, porque en esto consistía toda su fuerza; sus blasfemias y sus abominaciones malaron á la tercera parte de los hombres, puesto que en detestables complots, es donde se tramaban las grandes matanzas (*Et ob his tribus plagis occisa est tertia pars hominum de igne, de fumo et sulphure, qui procedebat de ore ipsorum v. 18. Potestas enim eorum in ore eorum, v. 19*).

Aquellos caballos tenían también sus colas muy parecidas á las de aquellas serpientes, que engañan á los hombres y extravían los pueblos; prestaban su concurso á los ginetes para dñar á los hombres cul-

(1) Tercé, pues, el sexto Angel la trompeta; y él una voz que salía de los cuatro ángulos del Altar de oro, que está colocado ante los ojos del Señor, la cual decía al sexto Angel, que tenía la trompeta: Desista á los cuatro Angeles del Abismo, que están ligados en el grande río Eufrates.

Diez Holzauer, que este sexto Angel es Luzifer, y en otra parte el exterminador (tom. I, páginas 881 á 893, Waller). Estas dos cosas se excluyen recíprocamente.

Si el Angel que toca la sexta trompeta desata á los Angeles rebeldes, es porque las trompetas figuran el mal y la conducta de los malos, como lo dijimos en otro lugar.

pables; y por este motivo creemos, que representan las doctrinas socialistas, quizás digamos mejor, antisociales de nuestros días, que han llevado hasta las últimas consecuencias el principio anárquico y anticristiano, y que de un modo tan alarmante han extraviado á los ignorantes, á los viciosos y á los proletarios (*Nam cauda eorum similes serpentibus, habentes capita et his nocent, v. 19*) (1).

Tantos azotes, tantos castigos y tantos infortunios temporales, que la bondad divina acumula para convertir á los hombres, inspirándoles el santo temor, que es el principio de la sabiduría, no producen el efecto que se propusiera el Señor, ni siquiera en muchos de los que pasan plaza de buenos. Los hombres, ciegos é ilusos, no aciertan á reconocer, que la mano que pesa sobre ellos es la del Dios omnipotente, que tanto había diferido sus castigos. No se arrepienten de las obras de sus manos, sumérgense cada día más en el cieno del vicio y del error; continúan corriendo tras los honores, las riquezas, los placeres, la holgura, y las comodidades de la vida; siguen ahora, más que nunca, y en todo, las inclinaciones de la naturaleza corrompida, para la cual Dios es un mal, porque su ley manda combatirlas; continúan adorando á los demonios, á los ídolos de oro, de plata, de cobre, de piedra, y de madera; no hacen penitencia de sus homicidios, de sus envenenamientos morales ó físicos, de sus fornicaciones y de sus rotos, que constituyen la propiedad de la mayor parte de ellos (*Et ceteri homines, qui non sunt occisi in his plagis, neque penitentiam egerunt de operibus manuum suarum, ut non adorarent demonia et simulacra aurea, et argentea, et arca, et lapidea, et lignea, que neque videre poterant, neque audire, neque ambulare, v. 20. Et non egerunt penitentiam ab homicidiis suis, neque á veneficiis suis, neque á fornicatione sua, neque á furtis suis, v. 21*).

#### CAPÍTULO IV.

##### LA SEXTA EDAD DE LA IGLESIA.

I. El mal ha ido aumentando de un modo extraordinario durante la quinta edad;

(1) Sus colas son semejantes á serpientes, y tienen cabezas; y con éstas hieren.

y el periodo de transición de ésta á la sexta ha llegado hasta la abolición del sacrificio perpétuo, hasta la abominación de la desolación en el lugar santo. En vez de adorar á un solo mortal, como sucedera en la séptima edad, cada uno de los hombres háse adorado á sí mismo; cada hombre ha hecho de sí mismo una divinidad. En todas partes, los impíos se han sobrepujado á los demás; para ellos, y solo para ellos, ha sido la abundancia, la influencia, el poder, y demás bienes de la tierra. Muchos hijos de la Iglesia han apostatado, y renegado de Dios y de su Cristo; les han cubierto de desprecios, de injurias, de salivas y de blasfemias; mientras que los verdaderos fieles, reducidos á escasas individualidades, han vivido aislados en la humillación, la pobreza, el sufrimiento y la opresión. El descuido y relajación de los pastores han contribuído á la pérdida de numerosas ovejas. Muchos, que al parecer eran buenos, marchaban por la senda del vicio; se creían vivos, y estaban muertos (*Nomen habes quod vivas et mortuus es, Apoc. v. 4*); porque creían, que el camino que seguían conducía al cielo; y, realmente, terminaba en el infierno. A durar un poco más aquel tiempo, la fe hubiera desaparecido de la tierra, y ni rastro de ella hubiese encontrado á su venida el Hijo del hombre (*Filius hominis veniens, gputas, inveniet fidem in terra? S. Luc. XVIII, 8*). Tal era la descomposición social, que cualquiera podía creer que habían llegado los últimos días, y que no le quedaba más que cubrirse con un lienzo, taparse los ojos, y aguardar en este estado el supremo cataclismo, la muerte de toda criatura.

Empero, no está tan próximo el término final; es necesario que antes sean confundidos los incrédulos y los impíos; que reciban los castigos á que se han hecho acreedores por sus crímenes; que el Señor descargue sobre ellos golpes tan rudos, que los obliquen, ó á convertirse casi por fuerza, ó á perecer bajo los ojos de la espada vengadora de la Justicia divina; es preciso, que antes Dios deje vengados los ultrajes hechos á su gloria, y el desprecio de su cruz; que el Señor vuelva á tomar posesión de un mundo, que es propiedad suya por su imprescriptible derecho de creación, y cuyo dominio habían los hombres entregado á Satan (*In gloriam meam creavi eum, forma-*

*vi eum et feci eum, ISAI, XLIII, 7*). Es indispensable que la Justicia de Dios brille, ejerciendo su juicio sobre esos tridentes, que por tanto tiempo, y con tan frenético furor han insultado su divinidad, su bondad, su amor y su poder (*Dominus á dextris tuis confregit in die ire sue reges. Iudicabit in nationibus, implebit ruinas, concussabit capita in terra multorum. Ps. CIX, 5 et 6*). Es necesario que exalte á sus discípulos que gimen en la opresión, que los sustraiga del latigo de los pecadores, á fin de que, rendidos de cansancio, no se echen al partido de la iniquidad; y finalmente, que les ponga en posesión de su imperio (*Hic patientia sanctorum est, qui custodiunt mandata Dei, et fidei Jesu, Apoc. XIV, 12. Qui autem persecerunt usque in finem, hic salvus erit, S. MATTH. XXIV, 13. Quia non relinquet Dominus virgam peccatorum super sortem justorum, ut non extendant iusti ad iniquitatem manus suas, PSAL. CXXIV, 3*).

El número de los escogidos debe completarse, y quedar lleno el de los mártires; lo que exige cierta preparación anterior (*Et dictum est illis ut requiescerent, donec compleantur conservi eorum, et fratres eorum, qui interficiendi sunt sicut et illi, Apoc. VI, 11*). El Evangelio debe ser predicado en el mundo entero, no de un modo oculto é individual, como hasta aquí ha venido practicándose en los pueblos infieles, sino de un modo ostensible y público, cual se hace en las naciones y comarcas bien dispuestas en favor del Catholicismo; además, la doctrina del Salvador debe ser respetada y practicada por toda tribu, por toda lengua, por toda nación, por todo pueblo (*Et predicabitur Evangelium in universo mundo in testimonium gentibus, S. MATTH. XXIV, 14*), porque únicamente despues de ese feliz acontecimiento vendrá la consumación, (*Et tunc venit consumatio, Ibd. v. 14*). Es necesario, en fin, que sea destruida Babilonia, es gran prostituta, madre de las fornicaciones y de las abominaciones, ébria de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús (*Et vidi mulierem ebriam de sanguine sanctorum, et de sanguine martyrum Jesu, Apoc. XVII, 6*); esa Babilonia, esa gran confusión, que reina en los pueblos y sobre los reyes, (*Aque, quas vidisti ubi meretrix sedet, populi sunt, et gentes et lingua, Ibd. 15. Et mulier, quam vidisti, est*